



Y al final llegará la negociación

Andrés Cañizález*

En medio de un álgido año 2002, que ya tenía en su haber un golpe de Estado y que finalmente cerraría con un paro petrolero, no parecía el momento para hablar de una negociación política en Venezuela. La revista *SIC* de noviembre de ese año, sin embargo, insistió en el asunto bajo la premisa de que temprano o tarde, en medio de una lucha política polarizada, la solución estaría en una negociación entre las partes.

El año 2002 fue de cruda confrontación en Venezuela, en lo que en su momento Arturo Sosa definió como un choque de trenes. El ambiente no era favorable para poner sobre la mesa el acercamiento entre el gobierno chavista y la oposición. Debe decirse que ninguna de las partes, hace quince años, abogaba por la negociación, era en realidad la voz de la socie-

dad civil que insistía en la necesidad de construir un país bajo la premisa de que “aquí cabemos todos”, como se denominaba una de las iniciativas de entonces.

Resultaba claro, y eso se reflejaba en la revista *SIC*, que ninguno de los dos actores lograría imponerse del todo sobre el otro y que –en verdad– insistir en la ruta de la confrontación solo terminaría llevando al país a su destrucción, como de hecho ha ocurrido. Si algo ha caracterizado al chavismo en el poder ha sido su incapacidad de construir consensos; en realidad se ha distinguido por su lógica de imposición: antes con una clara mayoría popular, hoy cuando es minoría hace uso del poder de las instituciones en particular del TSJ y la FAN.

Un artículo de quien había sido embajador de Chile en Venezuela, Otto Boye, servía en aquella edición de *SIC* para arrojar luces sobre la crisis venezolana a partir de la experiencia chilena. “En torno al diálogo. Reflexiones sugeridas por la historia chilena reciente”, así tituló Boye su texto que no parece perder vigencia cuando se le mira desde una sociedad como la venezolana en la que todavía hay una clara ausencia de consensos básicos.

El diálogo y la negociación, según Boye, estuvieron tanto al inicio de la crisis chilena (por su ausencia) que desembocó en la dictadura, como en la resolución del conflicto para dar paso a la transición democrática. Comencemos con lo primero, la pérdida de la democracia en Chile en 1973.

La democracia se perdió en Chile en 1973 porque se hizo imposible el diálogo. Y este se hizo imposible, porque se acabó hasta el último gramo de confianza que existía entre los actores principales. La mayoría de ellos llegó a negar la legitimidad de sus adversarios. Ni siquiera, además, los llamó adversarios, pasó a catalogarlos de enemigos. La lógica bélica

se impuso en gran escala, aplastando a la lógica cívica del diálogo ciudadano, inherente a toda democracia medianamente sólida.

Así describe el autor, este terreno político abonado sobre el que finalmente se impuso a sangre y fuego la dictadura de Pinochet.

La noche de la dictadura fue larga. En el ínterin, sin embargo, se reconstruyó el tejido de confianza con diálogo y negociación en primer lugar entre los actores políticos (con diversidad ideológica) que adversaban a la dictadura y luego entre esta coalición democrática y el propio régimen de Pinochet.

Boye coloca como un símbolo de la reconstrucción de la confianza, que luego desembocaría en la llamada concertación, una reunión de exiliados en la Colonia Tovar (Venezuela) que congregó a antiguos enemigos políticos, pero quienes dejaron a un lado tales diferencias para poder enfrentar con estrategias consensuadas al régimen dictatorial.

La confianza mutua es la base de cualquier diálogo y negociación. Así lo plasmaba Boye en 2002 a propósito de la experiencia chilena. Esto sigue resonando en clave de desafío para Venezuela tres lustros después.

El editorial de *SIC* en noviembre de 2002 enfilaba también en aras del diálogo político, como respuesta a la crisis: “Ante el riesgo de perder el país bajo el imperio del caos se impone supeditar los intereses particulares, tener visión de país y aprender a negociar las diferencias. Todos estamos en el mismo barco, y si se hunde, nos hundimos todos”. Aquella advertencia encontró oídos sordos, lamentablemente.

*Andrés Cañizález. Miembro del Consejo de Redacción de *SIC*.